

El estudio de las emociones

The study of emotions

NANCY ZÁRATE CASTILLO ¹, GLORIA PATRICIA LEDESMA RÍOS ², LUZ MARÍA YÁÑEZ GAMBOA ³

¹Centro de Apoyo Psicopedagógico. Facultad de Medicina Veterinaria y Zootecnia. Universidad Autónoma de Chiapas.
Correo electrónico: nancyzcastillo.nzc@gmail.com

²Facultad de Humanidades. Universidad Autónoma de Chiapas

³Facultad de Medicina Veterinaria y Zootecnia. Universidad Autónoma de Chiapas.

RESUMEN

Es innegable la base orgánica y fisiológica de las emociones humanas, sin embargo, sus expresiones y vivencias no se restringen a esas respuestas biológicas; a la fecha son numerosas las teorías que detallan sus componentes sociales, culturales y antropológicos. En este ensayo expondremos los aportes al estudio de las emociones desde una visión antropológica con la intención de escudriñar las aristas que la componen.

Palabras claves: antropología, cultura, interacción

ABSTRACT

The organic and physiological basis of human emotions is undeniable, yet their expressions and experiences are not restricted to those biological responses; to date, there are several theories that detail their social, cultural and anthropological components. In this essay we will expose the contributions to the study of the emotions from an anthropological vision with the intention to scrutinize the edges that compose it.

Key words: anthropological, culture, interaction

INTRODUCCIÓN

El estudio de las emociones y su expresión es nuestro interés, priorizamos los aspectos sociales y de interacción humana en la conformación de la vivencia emocional de las personas sin dejar de considerar el lugar geográfico, así como el aquí y el ahora, aspectos elementales para el entendimiento de las distintas aristas que representan las emociones humanas. Es en este ensayo discurrimos sobre tres vertientes teóricas que han prevalecido para el entendimiento de las expresiones emocionales de los sujetos: fisiológica, socio-histórica y resaltamos finalmente los saberes de la perspectiva antropológica.

Vertientes del estudio de las emociones

Si bien es cierto, no existen aún dentro de una misma cultura comportamientos, pensamientos o ideas idénticas, pero sí la tendencia —tanto en lo empírico como en lo científico— de buscar un sentido de generalización con la intención quizá de desenvolverse en los mismos parámetros para generar una comodidad y confiabilidad que permita no enfrentarse a lo desconocido constantemente.

El estudio de las emociones no ha estado exento de esta tendencia y hay a la fecha una prolifera producción sobre el tema. Con el fin de mostrar una porción de este conocimiento, exponemos a continuación cuatro perspectivas sobre el posicionamiento epistemológico de la constitución de las emociones:

a) Fisiológica

Existen varias vertientes explicativas para el estudio de las emociones, una de ellas sostiene que están en el ser humano, tienen bases fisiológicas y biológicas. Las encontramos situadas en el cuerpo, más aún, el origen de las mismas están en él. Desde hace más de un siglo médicos, psiquiatras y neurofisiólogos intentan mostrar los circuitos neuronales de la emoción, su fisiología y su lugar en el cerebro. A continuación hacemos un breve recorrido para mostrar algunos estudios ubicados en esta vertiente de pensamiento así como sus principales propuestas.

La intención o búsqueda de un plano común fue cimentándose en el mundo científico de forma vertical, creando corrientes teóricas con gran aceptación hasta la actualidad. La teoría evolucionista de Charles Darwin, la cual tiene como premisa básica que la vida está relacionada entre sí y que descendemos de un ancestro común, asegura que las criaturas que habitan la tierra evolucionaron de seres simples a otros complejos. Esta teoría con el paso del tiempo y a través de una descripción detallada de la realidad pretendió encontrar las razones del comportamiento humano, sin embargo Leakey y Lewin, como citó Aguirre, afirman que “la evolución no funciona así; su ritmo y su forma varían en el espacio y en el tiempo”.

A Darwin le debemos la idea de universalidad de la vida humana, incluso aseguró que la expresión de las emociones es idéntica en toda la especie, que manifiestan estados emocionales

iguales como resultado de la evolución; lo que por supuesto anula o desconoce aspectos simbólicos de las mismas (Le Breton, 1999).

La influencia conceptual que ejerció Charles Darwin a partir de la publicación del libro *The expression of the emotions in man and animals* (1872; *La expresión de las emociones en el hombre y los animales*) se puede reconocer en muchas teorías y conceptos que varios estudiosos han escrito sobre el comportamiento humano desde entonces.

El inicio del siglo XX se caracterizó por la cimentación de las ciencias a través de metodologías científicas y positivistas en la que la tendencia de universalidad era una meta. Esta propensión no fue ajena a la psicología ni al estudio de las emociones, el ejemplo más claro de esto fue la cantidad de laboratorios que se instalaron para analizar la conducta humana y que ejercieron influencias en el pensamiento de la época, como fueron los casos de Wilhelm Wundt en 1879, Hermann Ebbinghaus en 1897, Edward Lee Thorndike en 1910 y John Watson en 1913. La intención, entre otras, era encontrar correlaciones entre las emociones y sus manifestaciones corporales, Charles K. Mills en 1912 planteó que las emociones y sus expresiones están ubicadas en el hemisferio derecho, se difunde entonces las ideas de que en este hemisferio se localizan las actividades creativas y sentimentales de las personas, y en el hemisferio izquierdo las funciones intelectuales.

En 1884 William James publicó su conclusión sobre qué es la emoción, refirió que se trata de una “reacción fisiológica, esencialmente en su acompañamiento sensorial: un sentimiento” (Ostrosky y Vélez, 2013), pero es entre los años de 1924 y 1929, Walter Cannon, fisiólogo estadounidense, que estudia la psicobiología de la emoción con la intención de corroborar los argumentos de James W., discutió con datos suficientes para sostener el sustrato anatómico y fisiológico de las emociones, el cual está “constituido por el diencefalo y sus conexiones con las vísceras y la corteza cerebral” (De la Fuente, 1985). Con sus premisas dio pauta al inicio del estudio de la fisiología de las emociones y sentó las bases del involucramiento de las vísceras en las reacciones principalmente de emergencia (ibídem).

James Papéz (1937) sugirió un circuito neuronal de la emoción influido por los anteriores estudios: el circuito de Papéz; mientras que McLean (1970) propuso el modelo anatómico del sistema límbico, el cual trata sobre la localización anatómica en el cerebro de las emociones.

Esta vertiente del conocimiento ha pretendido encontrar las bases fisiológicas y biológicas de las emociones, no obstante, asegura Aguirre (2013) esta tendencia “ha desconocido los elementos de un proceso evolutivo —transformaciones—, afirmando una tendencia reduccionista y monadológica que resalta aquellos aspectos biológicos considerados como invariables”.

Estas ideas sobre la base natural y fisiológica de la emoción aún no se desvanecen hoy en día, una evidencia es la definición sobre emoción que en Wikipedia encontramos:

“Las emociones son reacciones psicofisiológicas que representan modos de adaptación a ciertos estímulos del individuo cuando percibe un objeto, persona, lugar, suceso, o recuerdo importante. Fisiológicamente, las emociones organizan rápidamente las respuestas de distintos sistemas biológicos, incluidas las expresiones faciales, los músculos, la voz, la actividad del sistema nervioso autónomo (SNA) y la del sistema endocrino, a fin de establecer un medio interno óptimo para el comportamiento más efectivo. Las emociones actúan también como depósito de influencias innatas y aprendidas, y poseen ciertas características invariables y otras que muestran cierta variación entre individuos, grupos y culturas (Levenson, 1994)” Wikipedia.org/wiki/Emocion. Recuperado el día 14 de abril de 2015 a las 11:35 a.m.)

Persiste entonces la atribución organicista, biológica, natural y común a las emociones, así como a sus expresiones de los humanos, sin embargo no es el único ángulo para su estudio y explicación.

Actualmente estas ideas científicas se han constituido en una rama de la medicina denominada neurociencia afectiva la cual goza de gran aceptación entre los científicos y los legos, esta

área médica reconoce en las emociones componentes biológicos, particularmente aspectos neurobiológicos (Damasio, 1994, citado por Ostrosky y Vélez 2013); y ha descubierto cómo las distintas áreas del cerebro se han especializado en diversas funciones cognitivas y la relación que hay entre ellas; en cuanto a las emociones la definen “en términos de sistemas neurales y esos sistemas neurales pueden ser identificados en virtud de su valor de supervivencia” (Ostrosky y Vélez, 2013), hacen una distinción entre emoción y sentimiento, considerando a este último “como al resultado del estado emocional, el cual depende de un complejo estado mental que incluye la representación de los cambios corporales en las correspondientes estructuras del sistema nervioso central, primordialmente corticales, y diversas modificaciones en el procesamiento cognitivo” (García y Sibils 2006, Ostrosky y Vélez 2013) no obstante, los teóricos de esta corriente de estudio aceptan que la expresión de las emociones son producto del aprendizaje en un contexto determinado, es decir se aprenden culturalmente.

b) Socio-histórica

Así como existen posturas que resaltan los aspectos biológicos y fisiológicos para concebir a las emociones, existen en la misma manera teóricos que critican esa postura y explican más allá de lo orgánico la existencia humana; es W. Dilthey en 1883 que motivado por “la futilidad, la insuficiencia y lo inadecuado, en principio, de las explicaciones hasta ahora lograda por la psicología fisiológica en relación con los fenómenos mentales superiores” (Vigotsky, 1999) quien dilucida sobre la compleja y diversa tarea de explicar las emociones y sentimientos humanos que dan forma a la subjetividad de las personas, por ello propone como primer punto separar el estudio de las ciencias del espíritu de las ciencias naturales, en principio por los procedimientos y métodos, los cuales no pueden ser los mismos en ambas ciencias, pues las ciencias del espíritu deben partir de la propia experiencia de vida de las personas, “no pretenden directamente explicar la realidad mediante leyes que ellas consideran más de las Ciencias de la Naturaleza, sino comprender la vida del individuo y describirla en

su unicidad” (Guimón, 2003). Propone entonces que las ciencias del espíritu deben centrarse en la realidad histórica, social y humana para entender el embrollo de la subjetividad humana. Si bien la cultura es común en todos, la diversidad está en la manera de interpretarla.

Años después es Lev Vygotski quien sigue la ruta iniciada por Dilthey y asevera que las funciones mentales incluida las emociones son el resultado del aprendizaje social, de la interiorización de la cultura y de las relaciones con los demás (Lucci, 2006), otorga a las emociones un lugar equivalente a los procesos cognitivos, “ve la emoción comprometida con el proceso cambiante de necesidades que va acompañando el desarrollo psíquico, elaboración de gran complejidad” (González, 2000).

La principal crítica de Vigotsky a la postura organicista de las emociones radica en el hecho de que no describir únicamente los cambios o reacciones corporales derivado de las emociones sino comprender la relación que existe entre el contenido psíquico y la estructura de las emociones así como el significado funcional de dichas emociones (Vigotsky, 2010). Con estas elucubraciones teóricas se crea la base para considerar a las emociones como un producto en constante interacción con el mundo circundante que rodea a la persona sin dejar de considerar la propia vida subjetiva que lo enviste.

El interés epistémico de Vigotsky se centró en los determinantes sociales de desarrollo, sostuvo la premisa de que el desarrollo humano es indisoluble de la sociedad en la que habita, el sujeto interioriza conductas y formas de organización del conocimiento (Delval, 1994) a través de las interacciones mediado por el lenguaje.

Lev Vigotsky sostiene que el ser humano es un ser histórico-social e histórico-cultural, al estar moldeado por la cultura que él mismo crea (Lucci, 2006) y que las funciones psicológicas superiores como los tipos de funciones psicológicas: inferiores y superiores; las primeras tiene su origen en la biología y son básicas para la vida diaria como la sensación, la atención, la memoria y las funciones sensorio motrices, al contrario de las funciones psicológicas superiores que éstas se desarrollan con la

intervención y mediación de la cultura que a su vez son internalizados por el sujeto, como la comprensión, inferencia, cálculo, elaboración, deducción, entre otras, están histórica y socialmente determinadas; asimismo Wilhelm Dilthey en 1944 expone que la realidad es histórica, social y humana, que las personas viven su vida fundada en el pasado y el futuro, a través de sus actividades, memoria, palabras, etc. Tratan de reconstruir el pasado para emprender el sentido de dicha historia, porque supone la interacción de la experiencia personal y el entendimiento reflexivo de esa experiencia.

Si bien esta vertiente reconoce las bases biológicas de las emociones, no la considera como la única explicación para su entendimiento, sino centra su atención en la comprensión del desarrollo emocional y cognitivo de las personas que se moldean de acuerdo con el momento histórico de la cultura en la que habitan.

c) *Antropológica*

Las ciencias sociales a finales del siglo XX se caracterizan por la búsqueda de explicaciones a los diversos fenómenos humanos, evidencian una diversidad de realidades en la que se evapora la certeza del universalismo que había caracterizado al conocimiento sobre lo humano.

El estudio de las emociones desde perspectivas sociales, culturales y antropológicas ha tomado auge en las últimas décadas, responde a interrogantes para comprender lo humano desde posiciones que retoman no sólo lo individual sino lo colectivo y lo social, las cuales están construidas y pre-construidas a partir de condiciones históricas específicas y por la significación que se le otorga socialmente a esta historia en particular (Sabido, 2011).

Al estudiar desde estas perspectivas a las emociones no podemos dejar de mencionar los estudios realizados por el científico francés David Le Breton, que estudia al cuerpo y a las emociones desde la sociología y la antropología, lo cual incluye en varios de sus libros: *Pasiones ordinarias. Antropología de las emociones* (1999), *Antropología del cuerpo y modernidad* (2002) y *Sociología del cuerpo* (2002). Asegura que las emociones no se explican únicamente

desde una postura naturalista y mucho menos se puede afirmar que éstas son universales; las emociones —afirma— tienen que ser observadas y explicadas con un rodeo antropológico para el entendimiento de la vivencia emocional que caracteriza a un conjunto humano.

Los humanos desde recién nacidos aprenden a partir de las respuestas obtenidas de su entorno qué efectos tiene su comportamiento; por ejemplo, si llora, le proporcionan alimento, si se ríe, lo elogian o animan a que lo continúe haciendo, de igual manera irá aprendiendo las circunstancias en las cuales son apropiadas o rechazadas sus conductas.

En el transcurso del desarrollo ontogenético los humanos aprenden, refuerzan y al mismo tiempo contribuyen a la construcción de un lenguaje emotivo o emocional, es decir, a sentir, a vivir y a expresar las emociones por medio de símbolos y signos, adquieren el poder de comunicarse entre los miembros de una comunidad, con una base común para el entendimiento y expresión de la vivencia emocional, pero también los dota de aprobación, reconocimiento y pertenencia social.

Recientemente un grupo de personas estábamos en espera del servicio en una peluquería, de las cuales había varios niños acompañados principalmente por sus madres. El tiempo entre servicio y servicio fue largo, lo que hizo que algunos niños empezaran a impacientarse. Hubo dos hermanos en particular, quizá de 9 y 8 años de edad respectivamente, que comenzaron a instigar a la madre, la intensidad fue en aumento, buscaban dulces en su bolso, solicitaban explicaciones sobre la demora y ella respondía con paciencia y prontitud, pero fueron pasando los minutos y el niño menor empezó a quejarse de forma más sonora y la madre lo regañó, aunque de forma muy suave, insistente, lo cual no causo el resultado que buscaba. El resto de las personas ahí presentes fuimos espectadores incómodos haciendo esfuerzos por ignorar el hecho. Nuestros acompañantes —varones de 11 y 14 años— reprobaron de manera tajante el acto del otro menor, argumentaron la molestia excesiva que tuvieron hacia la madre y la ignorancia hacia las peticiones de ella. Retomo

este hecho simple y cotidiano en una pequeña ciudad del sureste mexicano para ejemplificar lo que hemos venido explicando en este apartado: al coincidir personas desconocidas entre sí pero conocedoras de nuestra cultura se despliega comportamientos, inferencias y emociones que pueden vivirse con agrado o desagrado dependiendo de dichas normas y reglas sociales.

Independiente de las edades, condiciones y status de las personas en una sociedad, hay un código común para la expresión de las emociones. Ahora bien, Le Breton define a la emoción como “una tonalidad afectiva que se extiende como una mancha de aceite sobre el conjunto del comportamiento y no deja de modificarse en todo momento, cada vez que la relación con el mundo se transforma y los interlocutores cambian” (ibídem).

Este concepto pone en relieve dos aspectos de la emoción, el primero se refiere a que está se construye durante el transcurso de la vida de la persona, a través de la socialización. El segundo aspecto es que si bien la historia personal, las experiencias y circunstancias individuales son indispensables tampoco podemos pensar en ellas sin ubicarlas en un contexto social único e irrepetible que implica una cultura o pueblo especial, Figura 1.

Lo anterior hace sinergia para dar nacimiento a la afectividad, la cual no es únicamente el resultado de un momento histórico específico sino es producto de la vida social que permite concebir un simbolismo y código particulares para la vivencia emocional y su manifestación; ante ello las emociones son fruto concreto de las relaciones que se instauran unos con otros a través de la historia de una cultura en especial y que se va transmitiendo de generación en generación, agregando particularidades específicas del aquí y el ahora.

Hasta aquí hemos expuesto que las emociones y sus expresiones son construidas y moldeadas socialmente, que para su entendimiento no bastan las razones biológicas y las intenciones de su naturalización que han hecho algunas disciplinas científicas, sino que es imprescindible tomar en cuenta las relaciones sociales para un mayor conocimiento de las mismas.



Figura 1. Componentes de la emoción

Para entender a las emociones y su vivencia no basta con tener claro los componentes de las mismas, es ineludible ubicarnos en un contexto humano específico para conocer el ambiente social de valores que comparten y que permiten la producción de formas variadas y convencionales de las emociones, las cuales se procuran en determinadas circunstancias y grupos sociales; son producto de una socialización enmarcada por el entendimiento previo de los valores de la sociedad, con esto surge la afectividad y para Le Breton (1999) es “la emanación de un medio humano dado y un universo social de valores” y permanece inserta en la subjetividad de las personas.

La relevancia de la subjetividad radica en el tiempo, el lugar, las significaciones, las circunstancias en la que acontece la vida de hombres y mujeres, en la que se relacionan unos con otros y con todos, las interacciones que se establecen son el fundamento de la vida social e individual de las personas; así las emociones “no son una emanación singular del individuo sino de la consecuencia íntima, en primera persona, de un aprendizaje social y una identificación con los otros que nutren su sociabilidad y le señalan lo que debe sentir y de qué manera, en esas condiciones precisas” (ibídem).

Proponemos entonces los siguientes componentes de la subjetividad:

Cuadro 1. Componentes de la subjetividad
— Interacción, significación, simbolismo. Le Breton
— Sentido de la propia existencia. Propuesta de la autora

La crianza de los niños es la etapa ideal para observar con detalle cómo se estructura la personalidad de los mismos, reproducen conductas, comportamientos, valores, normas, actitudes que son aceptados por un grupo determinado y que posteriormente les permitirá su inserción en una sociedad determinada y lograr su reconocimiento. La personalidad se fundará a partir de la relación con los otros y los significados que de forma particular le dé cada sujeto a las experiencias que viva.

Durante la primera infancia los humanos están en total dependencia de los demás, es a través de las interacciones, como proceso de intercambio, que se adquieren valores, normas, conductas, actitudes que le permiten desenvolverse de manera aceptada conforme van creciendo. Por lo general estas formas de comportamiento son compartidas por un grupo amplio y las personas que integran una sociedad en particular las asume como propias, dando paso a la subjetividad, identidades colectivas y sentimientos de pertenencia, necesarias para la vida social y cultural. Los sujetos se construyen a partir de las significaciones y simbolismos presentes en su relación con los otros y aprenden e incorporan las leyes y normas de la cultura afectiva de un contexto en particular, cómo reaccionar, qué sentir y cómo hablar de ello (Le Breton, 1999).

Es innegable la condición histórica que existe en cada persona, la cual marca el desarrollo y vivencia humana, la historia determina la identidad y subjetividad de los individuos. La comprensión de la vivencia y de sí mismo en interacción da como resultado la comprensión e interpretación de la cultura. Dilthey en 1944 asegura que en este afán comprensivo se abre el reino de los individuos, que abarca a los hombres y sus creaciones, es decir, a los significados que se otorgan a la propia conducta; en esta dirección surge lo que nosotros proponemos y llamamos el sentido de la existencia como un atributo más de la subjetividad. Considero que es un proceso continuo caracterizado por la reflexión personal, influenciado por los otros componentes (significación, simbolismo e interacción) y que determina en las personas qué situaciones, hechos y circunstancias le to-

can, le afectan, le duelen, le agradan, otorgan y quitan valor a los acontecimientos como a sus relaciones y esto configura principalmente la vida subjetiva humana.

Por lo que nos orienta a pensar que la vida humana oscila permanentemente entre dos polos, lo interior y lo exterior, lo de adentro y lo de afuera; en palabras de Ortega y Gasset, la interioridad y la exterioridad, estas esferas a las que me refiero son, espacios psíquicos y concretos influyentes una de la otra, se alimentan una de la otra, en otras palabras, nuestra subjetividad esta preformada constantemente por la interacción con los otros y por la cultura misma, la cual a la par se modifica con la intervención de los individuos, al mismo tiempo lo relevante para nosotros somos nosotros mismos, en palabras de Heidegger la unicidad del ser. Entonces las personas nos construimos y nos influenciarnos por la cultura y por el momento histórico y a la vez hay un espacio íntimo para la edificación de un proyecto humano personal que le da importancia a los sucesos y cosas que se experimentan, sin embargo en este espacio persisten las huellas de las interacciones sociales.

Retomando lo expuesto hasta aquí proponemos el siguiente esquema para la comprensión de las emociones y sus componentes, integra las aportaciones de Le Breton (1999) al estudio de la *Vida Afectiva* y lo complementamos con otros elementos, así como con la proposición del título de *Vivencia Emocional Humana*, Figura 2.

Proponemos el título de vivencia emocional humana porque incluye tanto la vida afectiva y a las emociones, distintivos humanos que se adquieren en la vida social y que permite el entendimiento de la vida subjetiva humana a través de los desenredos de la misma.

CONCLUSIONES

Los estudios sobre las emociones y sus componentes, forma de expresarlas y de sentir las continúan siendo pertinentes en un momento histórico en el que los diversos sectores de la población demandan no solo explicaciones sino opciones de intervención para su comprensión y vivencia en las mejores condiciones posibles,

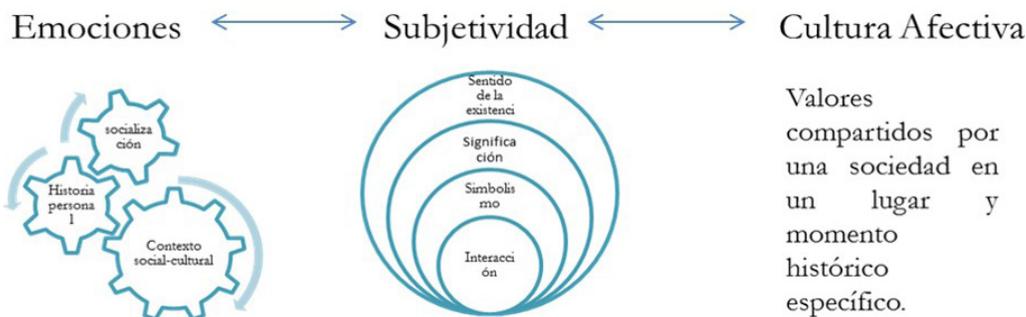


Figura 2. Vida Afectiva (Le Breton, 1999), Vivencia Emocional Humana (Zárate, 2015).

continuar dando cuenta de su entramado no únicamente bioquímico o fisiológico sino también de los factores socio-históricos derivados de las interacciones sociales deberá ser una constante de las investigaciones sociales, humanísticas e históricas.

REFERENCIAS

- Aguirre, A. (2008) Antropología de la depresión. En *Mal-estar*, VII (3), 563-601
- Darwin, Ch., Wallace, A. (2006) *La teoría de la evolución de las especies*. España: Editorial Crítica
- De la Fuente, R. (1992) *Psicología Médica Nueva Versión*. México: Fondo de Cultura Económica
- Delval, J. (1994) *El desarrollo humano*. Madrid. Siglo veintiuno editores
- Dilthey, W. (1944) *El mundo histórico*. México: Fondo de cultura económica.
- Guimón, J. (2003) *Salud mental basada en las pruebas*. Madrid: Universidad del País Vasco
- González, F. (2000) El lugar de las emociones en la constitución social de lo psíquico: el aporte de Vigotski. *Educacao&Sociedade* (XXI) 70, 132 – 148
- Heidegger, M. (2012) *Ser y Tiempo*. Madrid: Editorial Trotta
- Le Breton, D. (1999) *Las pasiones ordinarias*. Antropología de las emociones. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión
- Le Breton, D. (2002) *La sociología del cuerpo*. Buenos Aires: Nueva Visión
- Le Breton, D. (2002) *Antropología del cuerpo y modernidad*. Buenos Aires: Nueva Visión
- Ostrosky, F. & Vélez, A. (2013) Neurobiología de las emociones. En *Revista Neuropsicología, Neuropsiquiatría y neurociencias*, 13 (1): 1 – 13
- Sabido, O. (2011) El cuerpo y la afectividad como objeto de estudio en América Latina: intereses temáticos y procesos de institucionalización reciente. En *Sociológica*, 26(74), 33-78